

LA VIDA RELIGIOSA COMO ÉXODO

UISG BOLETÍN

NÚMERO 154, 2014

INTRODUCCIÓN	2
UN ÉXODO PARA CENTRAR LA VIDA EN JESUCRISTO Y EN SU PROYECTO	3
<i>Hna. Lucia Weiler, IDP</i>	
LA REDUCCIÓN, TIEMPO DE GRACIA PARA VIVIR DE LA FE	16
<i>Hna. M^a Isabel Ardanza Mendilibar, CCV</i>	
ACTITUDES PARA VIVIR CAMBIANDO	24
<i>Hna. Josune Arregui, CCV</i>	
COMENZAR DE NUEVO	31
EL DESAFÍO DE LA VIDA RELIGIOSA FEMENINA DEL BRASIL - HOY	
<i>Hna. Márian Ambrosio, IDP</i>	
36 HORAS EN LA CARRETERA DE SIRIA EN ORACIÓN CONTINUA Y PREOCUPACIONES	36
<i>Hna. Thérèse K., FMM</i>	
LA VIDA DE LA UISG	39

A partir de la última Asamblea Plenaria (mayo 2013), queremos profundizar en algunas de las ideas que el papa Francisco regaló a las participantes en el mensaje que nos dirigió en la audiencia concedida el 8 de mayo. Empezamos en este número del Boletín recogiendo su planteamiento de la VR como éxodo.

La biblista brasileña *Hna. Lucia Weiler, IDP*, tomando las palabras del Papa- **“La vida religiosa significa un éxodo para centrar la vida en Jesús y en su proyecto”**- hace una interesante lectura de los diferentes éxodos que ha vivido la VR, invitando a releer la experiencia fundacional a partir de ellos. El nuevo éxodo que hoy se nos propone es para centrar la vida en Jesucristo y su evangelio y esto se hace en el corazón de cada persona y saliendo de aquellas estructuras que no ayudan a caminar libremente hacia la adoración y el servicio.

“La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe”: la teóloga *M^a Isabel Ardanza, CCV*, nos ofrece unas claves para leer la reducción numérica que estamos viviendo muchas congregaciones como un lugar teológico donde “el Señor nos aguarda, nos llama y nos envía”. Un tiempo de gracia para radicalizar el sentido de misión y para profundizar la vivencia teologal.

La Hna. Josune Arregui, CCV, nos presenta algunas **“Actitudes para vivir cambiando”** según el impulso recibido del Vaticano II: afrontar la vida como proceso, desde una fidelidad itinerante, para ser memoria de Jesús, tener una mirada positiva a nuestro mundo y una apertura y diálogo con lo diferente; superar el miedo a experimentar y vivir creyendo. Creyentes y caminantes son una misma cosa.

El desafío de la VR femenina en Brasil **“Comenzar de nuevo”** es una comunicación que la *Hna. Marian Ambrosio, IDP* presentó en la Plenaria de 2013 y lo traemos aquí por su capacidad para iluminar los cambios que la VR está afrontando en otros muchos países. Se trata de un éxodo pascual que nos puede llevar a un nuevo nacimiento y a ser signos proféticos de la presencia actuante de Dios en el mundo.

“36 horas en la carretera de Siria” es la experiencia vivida por la misionera en Rusia, *Hna. Thérèse K., FMM*, al volver a su país natal de Siria, bloqueado por una guerra terrible.

UN ÉXODO PARA CENTRAR LA VIDA EN JESUCRISTO Y EN SU PROYECTO

Hna. Lucia Weiler, IDP

La Hna. Lucia Weiler, Congregación de las Hermanas de la Divina Providencia, es doctora en Teología por la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro y es docente de Teología en la Escuela de Teología y Espiritualidad Franciscana (ESTEF).

Original en portugués

”La Vida Religiosa Consagrada significa un éxodo de vosotras mismas para centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio”¹.

Introducción

La Vida Religiosa Consagrada ha sido siempre conocida por la itinerancia, en sus formas más variadas. En esta característica y actitud itinerante podemos fundamentar el tema del Éxodo, no sólo como un acontecimiento, sino como un paradigma bíblico, como espiritualidad e icono inspirador de todo camino. El Éxodo nos desafía a salir de todas las formas de esclavitud, en busca de la libertad, para adorar al Dios vivo y verdadero y servir con alegría y generosidad.

La VRC ya ha experimentado muchos éxodos. Una mirada histórica retrospectiva, en particular desde el Concilio Vaticano II, nos permite percibir algunos éxodos colectivos: 1) el éxodo **geográfico**, desplazamiento del centro a la periferia, que hizo posible una nueva visión de la realidad desde el reverso de la historia; 2) el éxodo **social**, que llevó a un cambio de lugar social y a asumir la ética del pobre y del excluido, intensificando la lectura crítica de la realidad desde la base de la sociedad organizada en pirámide; 3) el éxodo **espiritual**, que concedió a la VRC una nueva experiencia de Dios, aprendiendo con los pobres y marginados a leer los acontecimientos a la luz de la Palabra de Dios.

En este movimiento renovador de una espiritualidad exodal, el libro bíblico del Éxodo fue leído y releído con nuevas claves hermenéuticas tanto en la vida eclesial, a partir de las comunidades eclesiales de base (CEBs), como en la Vida Religiosa Inserta en Medios Populares (VRI). Este triple éxodo exigió un cuarto éxodo que todavía está en marcha: el éxodo **cultural**. En América Latina, tenemos muchos subsidios escritos tanto para inspirar como para documentar este momento histórico desde los años 60 a los 90. Los principales animadores fueron la CLAR y la CRB, en mutua relación, a veces conflictiva, pero siempre en diálogo, con la CNBB y el CELAM ².

A esta secuencia de los cuatro éxodos de la VRC, aquí recordados, y que lejos de haber sido superados están todavía en movimiento, se añade otro que me atrevo a llamar el **éxodo antropológico – cristológico**. No quisiera dar la impresión de que se trata de un éxodo cristocéntrico, aunque el título podría llevar a tal interpretación. La propuesta es “centrar nuestra vida en Jesucristo y en su Evangelio”. Por eso el movimiento que caracteriza este éxodo tiene como horizonte la búsqueda constante del Reino de Dios y de su justicia. Éste es el consejo evangélico propuesto por Jesús en el Sermón de la Montaña, según San Mateo: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6, 33). Ésta es la opción fundamental y fundante de la vida cristiana y, más aún, de la Vida Religiosa Consagrada, en todos los tiempos. Exige un éxodo permanente: salida de sí mismo, de los propios egoísmos, para centrar la vida en el seguimiento radical de Jesús, asumiendo en la práctica sus valores para que estos se vuelvan Buena Noticia, evangelio vivo, para la humanidad. Así, la Vida Religiosa Consagrada está llamada a dar testimonio de los rasgos del rostro materno y paterno de Dios como signo de su Reino de amor y justicia, que irrumpe ya aquí y ahora entre nosotros.

Así como en la Biblia el Éxodo es una experiencia original de la constitución del pueblo de Dios, releído de generación en generación, también la Vida Religiosa Consagrada está llamada a releer constantemente su experiencia fundacional, promoviendo y realizando nuevos éxodos.

Continuamos nuestra reflexión a partir de tres enfoques:

- Éxodo como experiencia de una espiritualidad fundante;
- Relectura cristiana del Éxodo, en una dinámica pascual, a partir de las comunidades del Discípulo Amado;
- Un nuevo Éxodo: centrar nuestra vida en Jesucristo y en su proyecto, a partir del icono de la comunidad de Betania (Jn 11,1-12,11).

1. Éxodo: experiencia de una espiritualidad fundante

La experiencia de Israel, que sale de la dura servidumbre de Egipto e

inicia “un camino en busca de libertad” recorriendo el desierto rumbo a la Tierra Prometida, no es significativa sólo para el pueblo hebreo, hasta el punto de convertirse en su credo fundante (Dt 26,1-11), sino que se convierte también en paradigma de la vida cristiana.

Este camino comenzó con diferentes grupos hebreos. Lo que unía a ese pueblo en marcha era su deseo de salir de la condición de oprimidos, su deseo de vivir en libertad. Esas prácticas libertarias, esos caminos hacia la libertad, que llamamos Éxodo, son la primera fuente de la religión de YHWH. En la visión bíblica, la experiencia del Éxodo constituye la fundación del pueblo de Israel. Es el origen de un modo de vida y de organización conocido como tribalismo israelita, experiencia única y revolucionaria no sólo a nivel sociológico, sino también teológico - espiritual.

De esta forma, a lo largo de los libros de la Biblia, este evento “Éxodo” fue leído, releído y celebrado de generación en generación en el ritual de la Pascual. Podemos decir inclusive que el hilo conductor que une todos los libros presentes en la Biblia es el Éxodo. El proceso de liberación nunca se borró de la memoria del pueblo. Continuamente, el pueblo pasaba por el proceso de opresión-liberación-reanudación del camino, en el contexto de nuevas situaciones.

Los tres primeros capítulos del libro del Éxodo ponen ante nuestros ojos la experiencia de una espiritualidad fundante al servicio de la vida. Todo comienza en la dirección contraria al sistema dominante que institucionaliza la ley de la muerte. Son mujeres y niños que se unen en la solidaria clandestinidad, en la desobediencia civil, en la escucha profética del grito por la vida que resuena en los oprimidos. Las parteras Séfora y Fuá, la madre de Moisés Jocabed, y su hermana Míriam, son las primeras protagonistas del Éxodo (Ex 1,15-2,10). Unidas entre sí, sostenidas por la fe y por la presencia del Dios de la Vida, enfrentan con valentía al poder opresor del faraón y arriesgan su propia vida para salvar la vida. “Escuchan a Dios donde la vida clama” porque saben escuchar la vida donde Dios clama.

A partir de la lectura orante del capítulo 3, podemos reconstruir algunos pasos inherentes a la espiritualidad exodal. Encontramos en este pasaje, los ejes fundamentales de la teología del Éxodo:

- * En primer lugar, se narra el desvío o la “vuelta” que da Moisés al ver la zarza ardiente. La zarza simboliza el signo que indica la acción poderosa de la Palabra de Dios. Acción que saca a las personas de su lugar estable y las introduce en un camino, en un proceso que no tiene vuelta atrás. Es la espiritualidad de la itinerancia. Después de la experiencia de la zarza, Moisés obedeció a la Palabra y nunca más fue a pastorear el rebaño de su

suegro. Hasta su muerte, fue el líder de todo el proceso de liberación, conduciendo a su pueblo a la tierra prometida, lugar que él mismo desconocía.

- * En segundo lugar, Dios llama a Moisés porque escuchó el clamor del pueblo en Egipto. Para Dios, todo llamado es hecho en vistas a una misión, a un servicio. Toda vocación humana es una respuesta de Dios al clamor de alguien. Nadie es llamado por sus méritos personales o sólo para engrandecerse a sí mismo. Todos y todas somos llamados porque alguien está clamando a Dios y Dios busca, a través de las personas vocacionadas, responder a este clamor.
- * En tercer lugar, Dios se revela en este proceso vocacional. Toda vocación humana es espacio de la revelación de Dios. Por eso mismo, en la Biblia, ninguna vocación se repite. Cada persona recibe su vocación específica a partir de un llamado original. A Moisés, Dios se revela como YHWH, el Dios liberador, Dios-con-nosotros. Este nombre quiere dar como garantía a Moisés la presencia segura del mismo Dios en el proceso liberador. Más que garantizar la existencia de Dios, el proceso de revelación del nombre de Dios quiere garantizar la presencia de YHWH en medio del pueblo y de su proceso de liberación. Moisés puede seguir en Egipto con la certeza de que YHWH está con él y con todo el pueblo que se pone en camino.
- * En cuarto lugar, todo el proceso de liberación concluirá con la llegada del pueblo a la montaña santa, al lugar donde debe adorar a Dios, ofreciéndole el culto verdadero. Dios no puede aceptar el culto de esclavos y de dominados. Sólo las personas libres, que expresan su libertad en gestos celebrativos, pueden ofrecer el verdadero culto a Dios, independientemente de tiempo y lugar. Un culto, como dice Jesús a la mujer samaritana, en espíritu y verdad. Éstos son los adoradores que el Padre quiere³.

Resumiendo, percibimos que junto al deseo de alcanzar la Tierra Prometida donde Israel podrá finalmente gozar de libertad y autonomía, está el deseo de “servir a Dios”. La orden que Dios transmite al faraón por medio de Moisés es “¡Deja salir a mi pueblo! ¡Para que me sirva en el desierto! (Ex 7, 16). En total, estas palabras aparecen cuatro veces en la narración (Ex 7, 26; 9,1; 9,13; 10,3).

Lo que tiene en vista no es solamente la conquista de la Tierra Prometida, sino la posibilidad de servir a Dios como Él quiere ser servido. Israel parte, no para ser un pueblo como otro pueblo cualquiera, sino para servir a Dios. La meta que quiere alcanzar es la montaña de Dios, hasta entonces desconocida, para adorar en ella y servir a YHWH. La meta soñada y esperada por Israel será la tierra destinada al servicio del Señor, donde el pueblo que en ella reside podrá vivir como Dios desea, en la libertad y en la justicia.

En la misma línea, acogemos las palabras del Papa Francisco: *Es Cristo quien os llamó a seguirlo en la vida consagrada, y esto significa realizar continuamente un «éxodo» de vosotras mismas para centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio, en la voluntad de Dios, despojándoos de vuestros proyectos, para poder decir con San Pablo: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Este «éxodo» de uno mismo significa emprender un camino de adoración y de servicio⁴.*

Estas palabras nos llevan a examinar las relecturas cristianas del Éxodo.

2. Relectura cristiana del Éxodo: una dinámica pascual

Jesús realiza el último y definitivo éxodo: pasa de la muerte a la Vida. Éste es el marco central y la clave interpretativa de todos los éxodos bíblicos. Las comunidades cristianas, surgidas después de la Resurrección de Jesús, comenzaron a leer e interpretar el libro del Éxodo a la luz del Misterio Pascual, esto es, de la fe en Jesucristo, muerto y resucitado, nuevo Cordero Pascual (Ap 15, 3). Por el bautismo, vivimos también nosotros la dinámica pascual del nuevo éxodo (Rm 6,1-14). Jesús nos da una nueva ley (Mt 5-7), nos alimenta con el nuevo maná (Jn 6, 48-51) para sostener nuestro camino como sostuvo al pueblo en el desierto (cf. Ex 16, 1-35). La Pascua de Jesucristo sella definitivamente la Alianza y abre el paso al nuevo Pueblo de Dios (Ex 19,5-6; 1P 2, 9-10)⁵.

Fueron las comunidades del Discípulo Amado las que mejor comprendieron e hicieron una relectura cristiana de la Pascua de Jesús a partir del Éxodo. Podemos leer el Evangelio de Juan como una única narración que se desarrolla en la radicalidad de la dinámica pascual. Es como una red que se apoya en dos estacas, con dos ganchos, al comienzo y al final de la narración del Evangelio. Esta red está entretejida por dos hilos dorados que atraviesan todo el Evangelio de Juan.

a) Los dos ganchos: CORDERO DE DIOS – ¿QUE BUSCAIS?

El primer gancho es el “Cordero de Dios” a quien los primeros discípulos siguen (Jn 1, 36). Al final del Evangelio, Él es inmolado en la víspera de la Pascua de los judíos. No quiebran sus huesos, pero de su cuerpo traspasado brotan sangre y agua (19,31-37)⁶.

El segundo gancho, al comienzo del Evangelio, es la pregunta de Jesús que llama a salir, que llama al camino de seguimiento, hacia la liberación: “¿Qué buscáis?” La pregunta va dirigida a los primeros discípulos en el llamado pre-pascual (Jn 1,38) y a María Magdalena en el llamado y envío post-pascual (Jn 20,15).

b) Los dos hilos: LA HORA – PROGRAMA DE LOS SIGNOS

El primer hilo que va tejiendo, progresivamente, la narración del Evangelio según Juan es la “HORA”. En la primera parte, desde el prólogo, como preludio de la sinfonía que continúa luego en la narración, se da una progresión gradual hacia el drama de la “hora de Jesús” (que aún no ha llegado) con ocasión del diálogo con su madre que, en la fiesta de bodas, constata la carencia, la falta de vino (Jn 2,4). La hora se completa al final del Evangelio, cuando su madre está al pie de la cruz, junto a la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, María Magdalena y el discípulo amado. Ésta es la HORA suprema del Éxodo de Jesús que vuelve al Padre. En esta hora, Jesús dice a su madre: “*Mujer, he aquí a tu hijo*”. Luego dice al discípulo: “*He aquí a tu madre*”. Y desde AQUELLA HORA, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19, 25-27). Esta “hora” como su paso (Pascua, Éxodo) hacia el Padre se vuelve un memorial de su práctica de servir en el amor (Jn 13,1) y anunciar la vida (Jn 20,16-17).

El segundo hilo, que va construyendo como un programa pedagógico del Evangelio según San Juan, son los SIGNOS. En el Éxodo, “signos y prodigios” son la gran confirmación de la presencia de Dios Liberador en medio de su pueblo. El comienzo de los signos tiene como escenario las bodas de Caná de Galilea (Jn 2,1-11). El signo apunta a la novedad profética fundamental: el agotamiento de la Antigua Alianza y la inauguración de una Nueva Alianza. Luego siguen otros seis signos de vida y liberación que contrastan con las evidencias de muerte. El último signo, que culmina este programa pedagógico de Jesús en la narrativa joánica, se da en la comunidad de Betania (Jn 11,1-12,11).

Además de culminar la primera parte del Evangelio, este signo es como una anticipación de la segunda parte que comienza con el gesto simbólico y concreto del lavatorio de los pies (Jn 13, 1ss). La pascua de Jesús es paso, entrega en el amor hasta el fin: signo mayor y memorial permanente de su Vida, Muerte y Resurrección.

La conclusión del Evangelio según Juan sintetiza su objetivo como un programa de signos: “*Jesús realizó muchos otros signos en presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro. Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre*” (Jn 20, 30-31)⁷.

Aproximación histórico-social entre el contexto de las comunidades del discípulo amado y el contexto del Éxodo de ayer y de hoy

Como en el Éxodo, la comunidad del discípulo amado está formada por varios grupos de judíos samaritanos y helenistas que, sólo después del evento pascual y a partir del mismo, se sabe reunida y constituida como comunidad

en el seguimiento de Jesús. Reconoce su fundamento y su origen en la muerte, paradójicamente gloriosa, de Jesús (cf. Jn 11,52), como obra del amor que se entrega hasta las últimas consecuencias (cf. Jn 13,1). La lógica pascual, que caracteriza esta comunidad, la hace “creer en el amor” y en la “Palabra creadora de Dios”. Como hijas e hijos de Dios, engendrados en el Espíritu (cf. 1 Jn 3, 2.10), reunidos en el misterio del amor y de la vida trinitaria y hechos partícipes del mismo. Como Hijo que entrega su vida por amor, Jesús hace también entrega del Espíritu (Jn 19,30) y del Padre (20,17). A partir de esta teología de entrega, el núcleo identitario de la comunidad, más que cristocéntrico, es trinitario.

Esta comunidad de fe, así constituida desde su origen, aunque expulsada de la sinagoga, se mantiene viva y dinámicamente activa dentro del mundo, por medio de la memoria de Jesús, en el Espíritu/Paráclito. La institución comunitaria que garantiza esta presencia de Jesús, en el tiempo de su ausencia, es el amor mutuo. La práctica del mandamiento del amor se vuelve el criterio de reconocimiento del discipulado de Jesús (cf. Jn 13, 34-35; 15, 8). El testamento-mandamiento de Jesús es el AMOR, comprendido en la dinámica de la Nueva Alianza, como don y compromiso: “PERMANECED EN MI AMOR” (Jn 15, 9). Jesús capacita a sus discípulas y sus discípulos para vivir el Amor como su legado pascual⁸. Ya no son siervos, esclavos, sino servidores libres, amigas y amigos: “ya no os llamo siervos... sino que os llamo amigos” (Jn 15, 15).

La comunidad joánica pasó de la sumisión ciega a la ley y a la tradición farisaica (cf. Jn 9) a la alegría de la libertad de los hijos e hijas de Dios. Éste es un proceso doloroso comparable a la mujer en el parto: “*Cuando la mujer da a luz, siente dolor porque ha llegado su hora; pero después de que ha dado a luz al niño, ni se acuerda de la angustia, por la alegría de que haya nacido un hombre en el mundo*” (Jn 16, 21).

La confrontación polémica de Jesús con las autoridades judías ilustra bien esta realidad del proceso de liberación, como algo que va más allá del simple creer en Jesús: “*Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: ‘Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres’.* Le respondieron: ‘*Descendientes de Abraham somos y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: ‘Seréis libres’?*’” (Jn 8, 31-33).

Como descendientes de Abraham, los judíos se juzgan libres de cualquier tipo de esclavitud. Pero Jesús contesta su falsa comprensión y les abre una nueva posibilidad de liberación: “*Por eso, si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres*” (Jn 8, 36). Jesús responde a los judíos que la única fuente de liberación es el Hijo de Dios encarnado en la historia y

perpetuado a través de la permanencia del Espíritu de Verdad (cf. Jn 14,17; 15, 26; 16, 13). El Jesús joánico (cf. Jn 8, 31-59) muestra que la liberación no es una realidad acabada y adquirida como un privilegio hereditario. Es mucho más, es un proceso en el cual se realiza la integración entre lo divino y lo humano, entre la realidad histórica, aquí y ahora, y la utopía caracterizada por la trascendencia futura. En esto consiste el nuevo Éxodo, la nueva tierra prometida.

En síntesis, las comunidades del discípulo amado se comprenden como discípulas seguidoras de Jesús que es “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6), en permanente Éxodo, pero en Él, ya “liberadas del mundo” (Jn 16, 33). No se trata de una liberación abstracta, sino de una libertad arraigada en una experiencia histórica del Hijo de Dios encarnado: *“Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”* (Jn 8, 31s)⁹.

3. Un nuevo Éxodo: centrar la VRC en Jesucristo y en su proyecto

En la misma huella de las primeras comunidades seguidoras de Jesús, como fue la comunidad del discípulo amado, estamos nosotros. Y es la voz de nuestro pastor, el Papa Francisco, dirigida en primer lugar a las líderes reunidas en la Asamblea de la UISG, en mayo de 2013, pero extensiva a toda la VRC, la que provoca y convoca un nuevo Éxodo: *“La vida consagrada significa realizar un «éxodo» de vosotras mismas para centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio”*.

Para esta última parte de nuestra reflexión, queremos contemplar una perla del Evangelio que viene al encuentro del título de esta reflexión: la comunidad de Betania (Jn 11, 1-12, 11). La elección de este icono está motivada por el hecho de encontrar en esta escena una situación muy semejante al que la VRC vive hoy y es la irrupción del clamor de Marta y de María: *“Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”* (Jn 11, 21.32).

Los protagonistas de esta casa/comunidad de Betania son Marta y María. Aunque se las represente de modo muy diferente, podemos leer las narraciones conjuntamente. Encontramos a Marta como diaconisa y coordinadora de la casa y María, mujer de escucha que, al derramar el perfume de solidaridad, llena la casa entera de amor, esencia de la vida pascual.

En la comunidad joánica, hacia fines del siglo primero, flotaba en el aire y en los corazones de las seguidoras y de los seguidores de Jesús una duda de fe existencial. No se trataba sólo de entender si existe la vida después de la muerte, sino de la sobrevivencia, del futuro de la comunidad que, en la figura

de Lázaro, está muerta. Después de cuatro días, ya olía mal. Por eso, el relato introductorio describe ampliamente la escena con preguntas sobre la enfermedad, el sueño, y finalmente la muerte de Lázaro (Jn 11,1-16).

Esta misma duda podemos aplicarla a la Vida Religiosa Consagrada en muchas situaciones actuales: ¿será que estamos durmiendo? ¿O estamos enfermos? ¿O decretamos nuestra muerte y ya comenzamos a deteriorarnos? ¿Cómo podemos resucitar nuestros carismas fundacionales y caminar libremente, escuchando el llamado de Jesús: “Ven afuera?” Este es el proceso que debe realizarse en nuestro camino, con el compromiso de todas las personas implicadas.

Contemplando el icono, descubrimos el liderazgo de las dos mujeres de la comunidad de Betania, hermanas de Lázaro. Parece que perciben que el problema no es sólo la pérdida o la muerte del hermano. La comunidad perdió la centralidad del seguimiento de Jesús. La muerte del hermano, de la comunidad, es consecuencia de la pérdida de Jesús. Marta y María se dieron cuenta de esta pérdida de referencia común y de la razón de ser comunidad, por eso llaman a Jesús de nuevo. Luego de encontrar a Jesús, las dos expresan el mismo lamento de manera exclamativa: “*Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*” (Jn 11, 21.32).

Como portavoces, ellas expresan el clamor de la comunidad que se siente desorientada ante la crisis de tantas muertes y atribuyen esto a la ausencia de Jesús. ¿Cómo creer en la presencia viva y actuante de Jesús durante el tiempo de su ausencia? Este es el desafío. Jesús lo formula así: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (Jn 11, 25-26).

La respuesta pronta e inmediata de Marta tiene como contenido la misma fórmula de fe de Pedro, el líder de la Iglesia apostólica:

*”Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo,
el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo” (Jn 11, 27).*

Cuando, sin embargo, llega el momento de llamar a Lázaro a salir de la tumba, ella duda nuevamente. Este hecho muestra que la fe es un proceso que debe ser traducido en la práctica concreta del compromiso comunitario. Para que el hermano vuelva a la vida, además de la presencia de Jesús y de su Palabra, se necesita el empeño y el compromiso activo de la comunidad.

La palabra de Jesús que agradece al Padre y llama a Lázaro hacia afuera es una parte de la señal. La otra parte exige el compromiso de la comunidad que debe implicarse en “quitar la piedra”, desatar las vendas o ataduras, para dejar a Lázaro caminar libremente.

Al comienzo del texto de Juan 11,1-2 ya se introduce una escena que hace memoria del gesto de la unción de Jesús por parte de María. Esta narración será hecha sin embargo en Juan 12,1-11. Son escenas contrastantes y/o complementarias que van construyendo la hora de Jesús. Por eso, en oposición al hedor (en el capítulo 11), encontramos el perfume derramado por María que llena toda la casa (Jn 12,3). De la misma manera, avanzando en la lectura del evangelio, encontraremos el lavatorio de Jesús, como gesto de amor-poder-servicio (Jn 13,1-18), en simetría con el gesto de la mujer del perfume.

Aquí en el centro del evangelio (Jn 12,1-11), la comunidad, recuperada en el amor, exhala el buen perfume que llena toda la casa. Prepara Jesús para su hora¹⁰. En un gesto simbólico de extremo amor, María unge a Jesús para su HORA suprema. La entrega de su propia vida no sólo es un gesto simbólico más, sino un acto de amor comprometido hasta las últimas consecuencias. Muy revolucionaria, desde el punto de vista ético, es también la actitud de Jesús de permitir que una mujer, María de Betania, perfume su cuerpo, ungiéndole los pies y enjugándolos con sus cabellos (Jn 12,3).

La VRC está invitada a darse cuenta, personal y comunitariamente, de las “piedras” y de las “ataduras” que nos impiden salir de las sepulturas y caminar libremente. Está invitada a percibir, como Marta y María, los espacios en donde Jesús no está. En otras palabras, percibir dónde debemos realizar el éxodo de nuestros egoísmos y auto-suficiencias para centrar nuestra vida y misión en Jesucristo y en su Evangelio. Además de esto, el desafío de este éxodo requiere una mirada hacia afuera de nosotras mismas: dónde deberíamos anticiparnos yendo de prisa para servir, para que la vida no muera antes de tiempo, para no perder la relación de hermandad. En fin, en la riqueza de imágenes y símbolos de este icono bíblico, la Vida Religiosa es invitada a renovar una clara opción por los pobres: ¡Betania, casa de los pobres!

La afirmación de Jesús: “pobres siempre tendréis, pero a mí no” (Jn 12, 8) es una afirmación de la opción por los pobres descrita y prescrita en el Antiguo Testamento (Dt 15, 7-11). Una clave de lectura importante para la comunidad joánica es que el verdadero amor pasa por la opción por los pobres que fue la opción de Jesús: “*Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?*” (1 Jn 3, 17)¹¹.

La propuesta de la comunidad joánica coincide con la invitación hecha a la VRC por el Papa Francisco cuando dijo con insistencia: *Vivid y recordad siempre la centralidad de Cristo, la identidad evangélica de la vida consagrada*. Con Marta y María aprendemos a discernir y llamar a Jesús en aquellos espacios donde perdemos la hermandad, la fraternidad. Esto sólo es posible si

renovamos nuestra profesión de fe en el único Dios vivo y verdadero, adorándolo y sirviéndolo en nuestros hermanos y hermanas.

“Un éxodo que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a Él en los hermanos y hermanas. Adorar y servir: dos actitudes que no se pueden separar, sino que deben ir siempre juntas. Adorar al Señor y servir a los demás, sin guardar nada para sí: esto es el «despojarse» de quien ejerce la autoridad”.

Al crear esa nueva comprensión del Éxodo como **la centralidad de Jesús y de su Evangelio**, el Papa Francisco exhorta con mucha sabiduría a la Asamblea:

Ayudad a vuestras comunidades a vivir el «éxodo» de sí en un camino de adoración y de servicio, ante todo a través de los tres pilares de vuestra existencia.

La obediencia como escucha de la voluntad de Dios, en la moción interior del Espíritu Santo autenticada por la Iglesia, aceptando que la obediencia pase incluso a través de las mediaciones humanas.

La pobreza como superación de todo egoísmo en la lógica del Evangelio que enseña a confiar en la Providencia de Dios.

La castidad como carisma precioso, que ensancha la libertad de entrega a Dios y a los demás, con la ternura, la misericordia, la cercanía de Cristo. La castidad por el reino de los cielos muestra cómo la afectividad tiene su lugar en la libertad madura y se convierte en un signo del mundo futuro, para hacer resplandecer siempre el primado de Dios¹².

Los consejos evangélicos, así interpretados, son medios pedagógicos que renuevan la calidad de la Vida Religiosa Consagrada, y ayudan a vivir en la radicalidad del seguimiento de Jesús.

Conclusión

No pretendemos concluir esta reflexión. Por su naturaleza propia, el tema del Éxodo crea un espacio abierto que nos invita a contemplar el futuro, confiando en la promesa del Dios con nosotros. Él mismo seguirá caminando con nosotros hasta el Éxodo definitivo. El libro del Éxodo bíblico termina con la imagen de la nube, símbolo de la presencia benéfica de Dios que acompaña a su pueblo de etapa en etapa, de generación en generación, durante todo el tiempo de su camino (cf. Ex 40, 34-38).

Un nuevo Éxodo para “centrar la vida en Jesucristo y en su Evangelio” implica una dinámica exodal que debe realizarse ante todo en el silencio y en la apertura de corazón de cada persona. Pero implica también una valiente y

profética apertura para salir de estructuras que ya no ayudan a caminar en libertad para la adoración y el servicio a Dios en nuestros hermanos y nuestras hermanas.

Para concluir y continuar nuestra reflexión, acogemos la invitación de releer la historia personal y congregacional en la dinámica del Éxodo:

¿Qué camino hace Dios conmigo/con nosotros y yo/nosotros con Dios?

¿Cómo vislumbramos los caminos futuros de la Vida Religiosa Consagrada y cómo deseamos continuar abiertas a las sorpresas de Dios y a los nuevos Éxodos?

Por último, transcribimos la letra de una canción del Padre Zezinho para ilustrar y sellar esta reflexión sobre el camino con Dios en nuestros innumerables éxodos ya realizados en la historia.

Hasta aquí el Señor nos ha conducido.

Y sin duda, de aquí en más,

Él nos guiará,

Desde siempre nos ha amado,

Temprano nos ha llamado,

Y sin duda no nos abandonará.

Desde el comienzo el Señor estaba allí.

Y sin duda, de aquí en más,

Él también ha de estar.

Hubo dolor y también hubo cruz,

Más hubo mucha fe.

Y si lo necesitamos, Él nos ayudará.

Desde el comienzo Él nos dio esta misión.

Y sin duda, de aquí en más,

Nos pedirá todavía más.

Su gracia nos ha llamado,

Su amor nos ha enviado,

¡Sigamos buscando su paz!

Sigamos nuestro camino, con esperanza en la certeza de la fe en que YHWH Dios con nosotros continuará acompañándonos hasta el final “yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20b). Él mismo acompañará nuestros éxodos en la vida cotidiana y caminará con nosotros hasta el final.

- ¹ Discurso del Papa Francisco a la Asamblea de la UISG, 8 de mayo de 2013.
- ² Recordemos el Proyecto Palabra y Vida, editado en 8 volúmenes como Colección “Tu Palabra es Vida” (1988 – 2002).
- ³ OROFINO, F. ; BOHN GASS, I.; NEUENFELD, E.; WEILER, L. *Exodo: Um caminho em busca da liberdade*. São Leopoldo. CEBI, 2012.
- ⁴ PAPA FRANCISCO. Discurso ante la Asamblea de la UISG, 8 de mayo de 2013.
- ⁵ Equipe Bíblica da CRB. *A formação do povo de Deus*. São Paulo: Publicações Loyola, CRB/1990, p. 48.
- ⁶ Observar. Cordero puede ser traducido, a partir del arameo, como “siervo” *doulos*. Tendríamos aquí al mismo siervo, esclavo del lavatorio de los pies (Jn 13, 1ss) y del Deutero Isaías.
- ⁷ OROFINO, F. ; BOHN GASS, I.; NEUENFELD, E.; WEILER, L. *Exodo: Um caminho em busca da liberdade*. São Leopoldo. CEBI, 2012, p. 45-46.
- ⁸ La *entolé* de Jesús genera la libertad de vivir el amor a partir del corazón y supera el *nomos* legalista.
- ⁹ Idem. p. 47-48.
- ¹⁰ El sentido bíblico del perfume es muy fuerte desde los ritos de consagración y alianza (cf. Éxodo 30, 1-10.22-38) hasta lo que leemos en 2 Co 2, 14-16: ¡por nuestro medio difunde en todas partes el olor de su conocimiento! Pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para los unos, olor que de la muerte lleva a la muerte; para los otros, olor que de la vida lleva a la vida”.
- ¹¹ Cf. Horizonte inspirador de la CLAR 2012-2015.
- ¹² Discurso del Papa Francisco a la Asamblea de la UISG, 8 de mayo de 2013.

LA REDUCCIÓN, TIEMPO DE GRACIA PARA VIVIR DE LA FE

Hna. M^a Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

M^a Isabel Ardanza Mendilibar es teóloga y formadora en las Carmelitas de la Caridad de Vedruna.

Original en español

1. La reducción, una experiencia existencial

Desde la época del Concilio hasta hoy, se han producido grandes cambios en el panorama sociológico de la vida religiosa (VR), sobre todo en los países del occidente europeo y de Norteamérica. Es fácil constatar que la mayoría de nuestras Congregaciones están viviendo una fuerte experiencia de reducción, tanto a niveles personales como institucionales.

Muchos experimentamos la reducción por nuestra edad y el correspondiente ciclo vital. Pero esta experiencia se agudiza institucionalmente con la falta de nuevas vocaciones, la disminución del número, la dificultad de responder a los retos de la misión propios del carisma, el avance de la edad media y lo que ello conlleva: enfermedad, reducción de fuerzas, desajuste entre las responsabilidades asumidas y la fuerza para llevarlas a cabo, dificultad de destinos y de encontrar relevos para las tareas de gobierno, excesiva acumulación de trabajo en algunas personas que termina cuestionando el sentido mismo del trabajo y dificultando la vivencia de otras dimensiones esenciales de la VR como la oración personal y la vida comunitaria.

Vemos pues, que la reducción no es sólo sociológica sino una experiencia existencial asociada, con frecuencia, al miedo, al sufrimiento, a la desesperanza... que anticipa la sensación de muerte y hace tambalear la confianza en la vida e incluso la fe en Dios.

2. Distintas miradas a la realidad

Ante esta realidad, algunos se esfuerzan por asumirla, porque “es lo que toca”, aunque les duela, pero no es extraño que provoque también desorientación

y reacciones de negación y de huida, o que se desarrollen actitudes voluntaristas y prometeicas con las que intentamos controlar la situación.

Para muchos, aunque no se confiese claramente, lo que estamos viviendo es una desgracia. Se echa en falta un pasado no demasiado lejano en que todo era diferente y aparecía una VR floreciente, con una respuesta vigorosa en los distintos campos de misión y un alto reconocimiento eclesial y social.

Este sentimiento primario es comprensible, porque instintivamente el ser humano tiende a situar a Dios junto a las experiencias de plenitud, armonía, abundancia, fuerza y vida, mientras que se inclina a certificar su ausencia en las situaciones de reducción y sufrimiento¹. Sin embargo, la antropología bíblica y la espiritualidad cristiana subrayan la importancia de las experiencias del sufrimiento en la maduración de la fe². Desde esta perspectiva, es posible leer la circunstancia actual como un *kairós*, un tiempo privilegiado para percibir la acción creadora y salvadora de Dios en la historia y para vivir más radicalmente el seguimiento de Jesús. Pero esto no significa que resulte fácil y su fruto espiritual sea evidente. Se trata, más bien, de una experiencia creyente que sólo se comprende más tarde, desde una mirada retrospectiva que percibe que lo que nos tocó vivir fue un gran regalo.

A través de esta pequeña reflexión quisiera contribuir a una vivencia teológica de nuestro momento. Quisiera ayudar a un cambio de mirada y de posicionamiento que nos permita vivir nuestra realidad como una experiencia de gracia.

3. Algunas claves que nos ayudan a vivir en fe nuestro momento

La reducción es una realidad que se impone, pero es posible vivirla de distintas maneras: con una sensación de fracaso, decepción y desesperanza que paraliza; desde la ingenuidad y el voluntarismo, que lleva a seguir proyectando como si nada pasara; o desde la inhibición que conduce al “sálvese quien pueda”... Pero también cabe acogerla como un *lugar teológico* donde nos espera el Señor para llamarnos y confiarnos la misión, con una novedad que nunca hubiéramos sospechado.

Pero esta última vivencia es un don del Espíritu que sólo podemos pedir y disponernos para poder acogerlo. Voy a señalar dos claves que considero pueden ayudarnos hoy en esta línea: la relación con el Señor y el sentido teológico de la misión.

3.1. Cultivar la relación personal con el Señor

La experiencia personal de reducción es un gran reto para el proceso espiritual, pero, si lo personal se sitúa en un contexto de reducción institucional, el reto alcanza niveles insospechados que cuestionan fuertemente el sentido a

todos los niveles.

El principio básico de toda madurez humana y espiritual es la capacidad de asumir la realidad tal como es, lo cual, con frecuencia, no resulta nada fácil. Ya decía Guardini³ que las realidades que instintivamente percibimos como de crecimiento y fecundidad se pueden vivir con sentido desde sí mismas, pero que la vida en declive no puede ser fundamentada sobre sí, sino que ha de recibir su sentido desde otra realidad fundante. La pregunta que nos planteamos es ¿qué nos puede sostener hoy?, ¿dónde apoyar nuestra confianza?

Desde la experiencia humana sabemos bien que la confianza se basa en la relación interpersonal y en el amor. Sólo confiamos en quien conocemos y sólo nos fiamos de quien sabemos que nos quiere bien.

Esto mismo vale también para la relación con Dios, pero en un sentido absoluto, ya que sólo en Él podemos confiar absolutamente. Esta confianza se basa en el acto de fe: “Creo en tu amor, creo en ti. Y Por eso me fío de ti, más que de mí misma. A ti te entrego mi vida y sigo confiando aunque se haga de noche, porque sé por experiencia de tu fidelidad y amor”.

La vida teologal implica una relación afectiva con el Señor que incluye, por supuesto, la oración personal, pero que no se reduce a ella; consiste en vivir todo con Él a través de la fe, la esperanza y el amor, de modo que sea el Tú personal que ocupa nuestro corazón. Pero esto no se improvisa sino que es necesario cultivarlo explícitamente y cuidarlo a lo largo de la vida.

Tal como nos muestra el Evangelio en el caso de los discípulos, y particularmente en la experiencia de Pedro o de María Magdalena (*Jn* 20 y 21), cuando llega la contradicción, el sufrimiento y la noche, sólo una relación de amor personal puede sostenernos y hacernos permanecer más allá de lo razonable y de lo que nosotros controlamos, porque como dice Balthasar “sólo el amor es digno de fe”⁴.

Todo esto es una constante en la espiritualidad cristiana, pero creo que en estos momentos adquiere una relevancia especial. No es posible vivir como una gracia la experiencia de reducción que ordinariamente trae consigo la ancianidad, y que hoy caracteriza el momento vital de la mayoría de los religiosos y religiosas en occidente, si la persona no está fundamentada en una vida teologal. Y, sin esta experiencia personal, tampoco cabe un servicio de gobierno y acompañamiento a los hermanos que cuente con la sabiduría espiritual necesaria para poder discernir los caminos del Señor en la situación que está viviendo actualmente la VR y que, muy previsiblemente, se va a agudizar en los próximos años.

Con frecuencia, al plantearnos los programas de formación, damos por supuesta la fe y nos detenemos en aspectos que consideramos más específicos de la VR. ¿Cómo no presuponerla en quienes han consagrado su vida a Dios?

Sin embargo, la fe es la experiencia fundante que sostiene la VR y la fuente permanente de su revitalización, por lo que nunca deberíamos de darla por supuesta. Nuestra vocación más honda y nuestro reto, y el de todos los cristianos, es volvernos permanentemente al Señor Jesús, para ser cada vez más cristianos. Porque, como dice el cuarto evangelio, el pecado radical que está siempre al acecho, antes y ahora, en todas las formas de vida cristiana, incluida la VR, es el de la incredulidad.

La relación con el Señor es la perla preciosa que hoy hemos de cuidar particularmente, ya que nuestro momento y los nubarrones que percibimos en el horizonte sólo pueden ser vividos con sentido, y con sentido de misión, desde la experiencia fundante de una historia personal de relación afectiva con Él.

3.2 Ahondar en el sentido teologal de la misión

La misión es un elemento teológico de gran relevancia en toda vida cristiana. Para la VR Apostólica se constituye en el eje central en torno al cual giran el resto de los elementos que componen su vida consagrada: la oración, la vida comunitaria, la organización institucional, la preparación profesional...

La palabra *misión* significa *envío* pero, con frecuencia, acentuamos nuestra respuesta al envío y no tanto el envío mismo. Parece una diferencia sutil, pero puede resultar determinante en el proceso espiritual de maduración teologal de la misión.

Si ponemos el foco en nuestra respuesta a Dios, concretamos la misión en el conjunto de actividades que desarrollamos en favor de los demás siguiendo el “carisma congregacional”, es decir, aquellos “campos de misión” que la Iglesia encomienda a cada Congregación. Y, desde ahí, identificamos la misión con la realización de estas “actividades apostólicas”.

Ahora bien, por ley de vida, a medida que vamos envejeciendo, va disminuyendo la actividad. Y, desde esta perspectiva de la misión-respuesta, sentimos que la “misión” se va reduciendo en nuestra vida personal. Nos quedan algunas actividades de voluntariado, cada vez más escasas, o la posibilidad de colaborar en la “misión” que van realizando los más jóvenes, a través de pequeñas aportaciones personales que faciliten su labor, y, por último, acompañarles con la oración, de modo que podamos vivir con “sentido de misión” aun cuando personalmente no estemos ya en la “misión”.

Creo que esta comprensión de lo que es y supone la misión se queda muy corta. Es muy difícil que desde ahí se puedan vivenciar como misión las experiencias existenciales de reducción que acompañan las últimas etapas de la vida y, particularmente, la situación actual de nuestras Congregaciones. Es necesario profundizar en su dimensión teologal, a fin de que el sentido de misión vaya creciendo y totalizando la vida a medida que van pasando los años,

hasta que llegue el momento del sí definitivo. Y, para ello, necesitamos fijar nuestros ojos en Jesús (cf. Hbr 12,2), ya que Él es el modelo de toda misión consumada.

Los evangelios muestran a Jesús siempre unido a la voluntad del Padre por una identificación de amor con Él. Su obediencia es una respuesta de amor al amor con el que se sabe amado por Él y una expresión suprema de libertad espiritual. El deseo más hondo que brota de su libertad es realizar, en cada momento, lo que su Abbá quiere de Él.

Jesús se entiende a sí mismo como enviado del Padre y vive su vida entera como misión, pendiente de su querer, de modo que este “ser en obediencia” constituye su identidad más profunda: *mi alimento es hacer la voluntad de quien me envió y llevar a cabo su obra* (Jn 4,34).

Jesús nunca traduce la voluntad del Padre en un proyecto propio, sino que vive siempre a la escucha de lo que Él disponga. Por eso, en los primeros años de su vida pública, vivió su misión realizando las obras mesiánicas de curar, enseñar, sanar, acoger, perdonar, dar de comer a los pobres... por toda Galilea, porque la voluntad del Padre era implantar el Reino a través de su persona y su actividad. Pero, como Israel no acogió el Reino tal como Él lo ofrecía, en obediencia al Padre, Jesús tuvo que cargar con el rechazo y padecer la pasión y la muerte. En esta última etapa no hace nada, sólo dejarse conducir *como cordero llevado al matadero* (Is 53,7) y abandonar en las manos de Abbá la realización de su misión mesiánica, con la certeza de que Él es quien lleva adelante el Reino, tanto por la acción de Jesús como por su pasión, que paradójicamente será el culmen de su misión.

Si Jesús hubiera identificado su misión con un proyecto —implantar el Reino por la realización de las obras mesiánicas—, hubiera acabado en un rotundo fracaso. Pero si su misión consiste en la obediencia al Padre, su pasión y muerte son la expresión culminante de su obediencia filial y, por ello, la realización plena de su misión. Por fin, a través de Jesús, el Padre ha podido llevar adelante su obra de salvación hasta el final y la Resurrección será la revelación del Reino en su plenitud.

Jesús vivió siempre identificado con la voluntad del Padre y en disponibilidad absoluta a Él, pero no sucede así con sus discípulos. En nosotros se ha de dar un largo proceso de maduración y conversión, no exento de conflictos, hasta que la obediencia a Dios pueda ser una respuesta de amor que nace de la libertad.

Ordinariamente, en las primeras etapas de la vida adulta, la “misión” está hecha un poco “a nuestra medida”, con un componente narcisista importante. La experiencia nos dice que, durante muchos años, confundimos la misión con nuestros planes y proyectos, aunque los justifiquemos como voluntad de Dios

y pensemos que la cumplimos. En la realización de la misión vamos proyectando las propias expectativas con una gran dosis de “apropiación”. Incluso en los proyectos mejor justificados, hay mucho de deseo de autorrealización y de complacencia propia. Se nota en que vamos “pasando facturas” por nuestra dedicación, aunque de forma muy sutil; nos entregamos “generosamente” pero, cuando la realidad no responde a nuestras expectativas, o los resultados no son los que esperábamos, nos sentimos frustrados y entramos en crisis. Es normal que en las primeras etapas de la vida espiritual la misión como proyecto tenga un gran peso específico, lo malo es cuando queda estancada en esta fase durante toda la vida.

Experimentamos, quizás durante largo tiempo, el conflicto entre nuestros intereses y la voluntad de Dios, ya que su integración supone un largo proceso. Nuestra libertad ha de madurar a través de la relación personal con el Señor y la experiencia de su amor y perdón. Esto hará que la obediencia a Dios sea una “obediencia de amor” que nace desde lo más profundo de nuestro corazón.

Pero la conversión que ello supone pide una transformación personal y ésta se produce, muchas veces, a través de situaciones y experiencias imprevistas que se nos imponen. Así, por ejemplo, la experiencia existencial de reducción nos va dejando sin proyectos pero, afortunadamente, eso nos “obliga” a ahondar existencialmente en el sentido teológico de la misión.

La vida cristiana siempre tiene como horizonte último la obediencia a la voluntad del Padre pero, normalmente, necesitamos discernir lo que Dios quiere, porque no es evidente. Sin embargo, hay momentos en que la realidad se impone y la voluntad de Dios queda patente. Entonces sólo nos corresponde acogerla en fe y consentir a ella. Ya no se trata de hacer, sino de dejar que haga.

Así vamos aprendiendo que la misión no se mide por lo que hacemos, aunque sea muy “evangélico”, sino por la obediencia de amor al querer del Padre. Por muy buena e importante que sea una tarea, si no es lo que el Señor quiere de mí en este momento no es mi misión. La misión consiste en que Dios pueda hacer lo que Él quiere, en mí y a través de mí, desde un sí libre a su voluntad. Por eso, en su momento culminante queda reducida al acto de fe y al amén a su voluntad, como Jesús en la cruz. De ahí que fe, obediencia y misión formen una unidad indisoluble.

Cuando en la vida de una persona o de una institución cristiana llega la experiencia de reducción, la obediencia a la voluntad de Dios adquiere la forma propia del *consentimiento*: ejercicio supremo de amor y libertad cristiana, que consiste en decir que sí, libremente, a aquello que se nos impone, porque lo recibimos de Aquel que sabemos cómo nos ama y que sólo desea nuestro bien.

Unas palabras de Jesús a Pedro en el evangelio de Juan resultan luminosas para vivir con sentido de misión nuestro momento: *Cuando eras joven ibas a*

donde querías, cuando seas viejo extenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras (Jn 21,18). Y Jesús añade: *Tú sígueme*. Llama la atención que sea ésta la primera vez en la que aparece en los evangelios está llamada personal al seguimiento y en forma de imperativo: *Tú sígueme*. Y es que, a imagen de Jesús, ésta es la hora de la verdadera misión. Ahora que no puede hacer nada, sino sólo extender los brazos y dejarse llevar, el discípulo culmina su misión. Es la hora de la configuración con Jesús en su Pascua, la de la cristificación.

Sólo Dios conoce lo que realmente necesita hoy nuestro mundo y Él lo lleva a cabo a través de quienes libre y confiadamente viven a la escucha y en obediencia de amor a su voluntad. Además, la conciencia de estar realizando una misión, al acoger y vivir teologalmente este momento, aporta un sentido nuevo que cambia sustancialmente el modo de vivirlo. También ayuda a afrontar las decisiones que vemos necesario adoptar o las que nos impone la realidad, aun cuando todo ello transcurra en la noche de la fe.

4. La experiencia de reducción, un *lugar teológico* para nuestra VR

Nuestra situación actual no es una dificultad para que vivamos el seguimiento de Jesús y nuestra misión hoy sino, al contrario, un *lugar teológico* donde el Señor nos aguarda, nos llama y nos envía; no a pesar de la reducción, sino precisamente a través de ella.

Aún no percibimos del todo la gracia que encierra este tiempo de reducción, pero podemos intuir ya algunos de sus frutos:

La fe ha fundamentado la VR en toda su historia, pero es evidente que hoy tenemos que aferrarnos a ella como un clavo ardiendo. La situación que estamos viviendo nos está “obligando” no sólo a “tener fe” sino a “vivir de la fe” y esto es una gracia inmensa.

¡Cuántos textos de la Palabra, que siempre han estado ahí, sentimos que hoy adquieren una luz nueva y se convierten en rocas sobre las que apoyar nuestra existencia con un realismo tremendo!

No abandones la obra de tus manos. (Sal 138,8)

Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí. (Sal 40,18)

Tú eres mi pastor. Aunque vaya por cañadas oscuras nada temo porque

Tú vas conmigo. Tu vara y tu cayado me sosiegan. (Sal 23,4)

Yo, el Señor, lo digo y lo hago. (Ez 37,14)

¡Te basta mi gracia! La fuerza se realiza en la debilidad. (2Cor 12,9)

Este tiempo de gracia nos está “obligando” también a radicalizar el sentido de la misión, más allá de nuestras planificaciones y proyectos,

empujándonos a ahondar en su sentido pascual.

¿Qué quiere el Señor hoy de nuestra VR? En principio, no lo sabemos. Pues no se trata de partir de nuestras ideas y deseos y después proyectar eso en la voluntad de Dios. Nuestra misión hoy se define no sólo por la realidad del mundo al que somos enviados, sino también por la nuestra. Y no se dirige sólo a quienes aún pueden seguir trabajando sino a todos y cada uno en su situación concreta. Por eso, hemos de situarnos en la soberanía y novedad del envío del Señor y ponernos a la escucha. Y para eso es preciso abrazar cordialmente nuestra realidad actual como un *lugar teológico* desde el que nos llama y nos envía hoy. Sólo así podremos ser “instrumentos útiles” en sus manos, para que Él pueda hacer lo que desea y lo que sabe necesita nuestro mundo.

Hace algún tiempo imperaba en nuestra sociedad un gran optimismo; todos creían en la posibilidad de un progreso indefinido. Pero hoy nuestro mundo está inmerso en la noche. Es necesario ayudar a superar las situaciones de depresión, que se van generalizando, e infundir una confianza que ayude a encontrar el sentido en la oscuridad. Se necesitan testigos de Dios que tienen experiencia de vivir de fe en medio de la reducción.

Por eso, es posible que Dios, que en el siglo XIX suscitó tantísimas Congregaciones para responder a las necesidades sociales del momento, nos “necesite” hoy a nosotros, mujeres y varones frágiles y ancianos en su mayoría, que desde Él abrazan confiadamente la realidad que les toca vivir, empeñándose en crear lazos de solidaridad y amor fraterno dentro y fuera de sus comunidades.

Quizás nuestro mundo necesite ver esto y es posible que el Señor quiera servirse hoy de nosotros y de nuestra situación. Pero, para ello, es necesario que nuestras instituciones pongan el máximo empeño en cuidar la vida teológica de sus miembros.

¹ “Las experiencias del sufrimiento inocente e injusto constituyen un argumento existencialmente mucho más fuerte contra la creencia en Dios que todos los argumentos basados... en cualquier tipo de razonamiento filosófico”. W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca, Sígueme, 1985, 188.

² “El sufrimiento... vendría a constituirse en uno de los lugares teológicos de la verdadera religión por... negar sólo algunas de las falsas imágenes de Dios y ser, en cambio, la roca sobre la que

edificar la imagen del verdadero rostro de Dios...”. J. R. BUSTO SAIZ, *El sufrimiento ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Madrid, UPC, 1998, 47.

³ R. GUARDINI, *La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida*. Madrid, Ed. Guadarrama, 1962, 126.

⁴ H. U. von BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*. Traducción de Á. CORDOVILLA Sígueme, Salamanca 2004.

ACTITUDES PARA VIVIR CAMBIANDO

“¡PONEOS EN CAMINO!” (LC 10)

Hna. Josune Arregui, CCV

La hermana Josune es Carmelita de la Caridad de Vedruna y, en los últimos años, Secretaria Ejecutiva de la UISG.

Este artículo fue publicado en la revista Testimonio (Chile) n° 256 – año 2013.

Original en español

El Vaticano II no sólo fue una llamada al *aggiornamento* o una puesta al día en un determinado momento histórico, sino que puso a la vida religiosa misma en actitud de cambio permanente. Diríamos que promovió una renovación que aún no ha terminado y, no sólo por incompleta, sino porque nos hizo descubrir que el vivir cambiando es una exigencia de fidelidad a nuestro estilo de vida.

A nivel de espiritualidad, hemos ido pasando de la *imitación* de Cristo al *seguimiento* de Jesús, concepto mucho más evangélico y dinámico. Seguir es *ir detrás*, en este caso del Señor Jesús, sin saber muy bien a dónde este seguimiento nos puede llevar.

Cuando Jesús hizo su primer anuncio de la pasión, Pedro, pasándole la mano por encima del hombro, lo tomó aparte para reprenderle y disuadirle pero Jesús, volviéndose para que todos lo oyeran, le dijo “*¡Ponte detrás que me haces tropezar!*”(Mc 8,33). Detrás, ese es el lugar del discípulo. Detrás de un rabino itinerante que recorría las aldeas de Israel y que en aquel momento estaba subiendo a Jerusalén.

El seguimiento de Jesús se traduce en movimiento y cambio incesante. Mantenerse en esta itinerancia, creativa e innovadora, es compromiso de todo religioso/a en todo tiempo y requiere algunas actitudes que voy a tratar de comentar.

1. Afrontar la vida como proceso

Es una actitud existencial que nos brota espontáneamente en los primeros años de vida en los que nos sentimos inacabados. No obstante, una vez pasada

la juventud y un tiempo prudencial de búsquedas e intentos, va surgiendo otra tendencia- también natural- a instalarnos, sea porque ya nos encontramos bien así, sea porque ya no esperamos poder conseguir nada más o porque nos falta energía para seguir buscando y luchando.

En cambio la actitud de caminantes es la que nos lleva a dar constantemente “*el pequeño paso siguiente*”, sea como personas o como comunidad, porque en ningún aspecto nos consideramos en “estado de perfección”, porque confiamos que otro mundo, otra persona, otra vida religiosa es posible y porque creemos que el Señor Jesús conduce la historia.

Esta actitud sólo se mantiene viva cuando se tiene una meta ilusionante, ya que es la meta la que nos hace caminar. Al que no espera nada ni pretende nada, a quien no tiene sueños, le falta visión y energía para superar dificultades y avanzar y se sienta al borde del camino para lamentarse y mendigar o para defender y disfrutar lo adquirido.

Es verdad que no bastan los sueños y habrá que programar los pasos a dar en ese camino. Los proyectos tanto personales como comunitarios son muy eficaces si, partiendo de la realidad, aciertan a proponer cada año el pequeño paso siguiente en dirección a la meta. Y en nuestro caso, eso sólo lo hace una comunidad reunida en torno a Jesús e impulsada por su envío, que le invita a ser presencia suya en el mundo.

Pero si el ambiente postmoderno nos invade, se nos apagan las utopías y se oscurecen los sueños y entonces tiramos la toalla y nos aferramos a lo conseguido para disfrutar y retener las pequeñas satisfacciones del momento presente. Yo creo que esto es como abandonar la vida religiosa aun permaneciendo dentro de sus muros. Son salidas que no figuran en las estadísticas pero erosionan fuertemente las comunidades.

En cambio, cuando hacemos memoria de nuestros orígenes carismáticos, nos sorprende la audacia del Espíritu a través de nuestros fundadores y fundadoras que fueron capaces de dar saltos cualitativos en la sociedad e iglesia de sus épocas. Y es que, al adentrarse en la realidad, el fuego carismático que los impulsaba, les iba sugiriendo nuevas respuestas al dolor de la humanidad y a la situación social que los rodeaba.

También hoy de aquellos mismos carismas, si se mantienen vivos, seguirán brotando nuevas potencialidades para dar respuesta a las llamadas de hoy que por supuesto no son las mismas de ayer. No se trata de ser fotocopias de los primeros hermanos o hermanas sino ser continuadores de un carisma vivo que es un don para la Iglesia. El Concilio nos exhortó a volver la vista a los orígenes y beber en sus fuentes pero no para retroceder en el tiempo sino para avanzar hacia el futuro.

Los procesos de reestructuración o convergencia en los que numerosas congregaciones están implicadas en estos tiempos, pueden ser simplemente una reorganización sensata y equilibrada de fuerzas o suscitar un nuevo impulso de transformación carismática. Unos pretenden simplificar los organigramas, otros buscan también sacudir el adormecimiento y renovar la utopía de los consagrados.

2. Fidelidad itinerante

En la vida religiosa preconiliar la fidelidad tenía mucho que ver con el mantenimiento de tradiciones y la repetición de costumbres. La observancia era una virtud de primer orden en aquellos noviciados y perseverar a lo largo de la vida en lo aprendido se consideraba fidelidad. Y así, año tras año el vino nuevo de la pasión por Jesús en un carisma de suyo renovador iba quedando aprisionado en unos odres incapaces de mantenerlo.

También hoy en día, al querer mantener lo esencial y buscando tal vez sin saberlo cierta seguridad, podemos repetir formas, en otro tiempo válidas, y nos vamos haciendo cada vez un poco menos fieles y menos inteligibles para la sociedad actual.

La fidelidad consiste en mantener “fijos los ojos en Jesús” y esto, como decíamos, nos hace itinerantes. A veces la proximidad a quien seguimos nos puede impedir incluso ver el horizonte y nos despoja de la seguridad de conducir nosotros. “No sabemos a dónde nos conduce, decía Edith Stein, sólo sabemos que Él nos conduce”. Sólo la fascinación por Jesús puede mantenernos en esta dinámica permanente y dejar confiadamente que Él lleve las riendas.

La fidelidad itinerante es algo más que disponibilidad a los cambios de destino. Tampoco se trata de vivir improvisando sino que implica aprendizaje, formación permanente y en consecuencia cambio de mentalidad, metanoia, conversión. Itinerancia es también adaptarse a nuevos estilos de vida, aun permaneciendo en la misma casa, o abrirse a nuevas formas de misión. “Renovaos en espíritu y en mentalidad; revestíos de la nueva humanidad, creada a imagen de Dios con justicia y santidad auténticas” (Ef 4,23).

3. Ser memoria de Jesús

La vida religiosa postconiliar descubrió, al igual que la Iglesia, su ser para los demás y no para sí misma. El seguimiento de Jesús implica el mismo proyecto que atravesaba toda su vida y que no era otro que el Reino de Dios.

Dentro de esta misión de todo cristiano/a, según el Concilio, la vida religiosa en la Iglesia es preferentemente un carisma de significación. Aunque muchas veces los religiosos nos hemos identificado por la acción caritativa que desempeñamos, nuestra misión primera y específica es ser signo, ser

memoria de Jesús.

“La aportación *específica* que los consagrados/as ofrecen a la evangelización está ante todo en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos... para convertirse en cierto modo en una prolongación de su humanidad” (VC 76).

Podemos simplificar así la misión de signo que se nos propone: Jesús Resucitado está hoy vivo y presente en nuestro mundo pero no se le ve. La Iglesia nos confía la misión de hacer de puente, de darle visibilidad con nuestro estilo de vida en comunidad y marcado por los votos, de tal forma que la gente se sienta atraída hacia el Reino. Y todo esto lo hemos de hacer “con el lenguaje elocuente de una existencia transfigurada capaz de sorprender al mundo (VC 20).

Este signo tiene una doble función en la Iglesia: aportar la levadura de la radicalidad evangélica con un estilo de vida alternativo - y a la vez contracultural - y renovar la Iglesia con audacia y creatividad. A lo largo de la historia creo que humildemente podemos decir que, en general, la VR ha sido testimonial y renovadora, es decir, significativa. ¿Podemos hoy decir lo mismo? ¿Cuidamos esto en nuestros actuales discernimientos?

La vida religiosa en el periodo postconciliar, a medida que ha ido avivando su identidad evangelizadora y obedeciendo la indicación conciliar de conocer las circunstancias del mundo actual para poder mejor evangelizar en respuesta a sus aspiraciones (PC 2), ha ido percatándose más de la inadecuación de muchas de sus formas y estilos de vida. La verdad es que hablábamos un lenguaje que la gente no entendía y lo que se nos pide es ser signos, pero no jeroglíficos incomprensibles.

Y así hemos ido despojándonos de ropajes obsoletos y aprendiendo nuevos lenguajes de comunicación y presencia. Hemos pasado de identificarnos mediante hábitos, estructuras o tareas (una identidad *de fuera adentro* por la que la gente nos distinguía) a tratar de identificarnos por nuestro específico estilo de vida evangélico (una identidad *de dentro a fuera*, más difusa si se quiere y a la vez más fuerte y persuasiva). No basta con cambiar si no logramos ser significativos/as.

Necesitamos tener una clara conciencia de que nuestra misión específica es *ser memoria de Jesús*, aunque dediquemos nuestras energías a otras excelentes tareas encaminadas a construir su reino. Si consideramos que el anuncio testimonial del evangelio es nuestra primera misión, trataremos de aprender el lenguaje de la gente que nos rodea, conocer sus búsquedas y escuchar sus historias de vida para poder expresar en formas inteligibles la belleza de la buena noticia que llevamos dentro y que se nos ha dado entender. Luego

vendrá la cercanía, el diálogo y el servicio pero nuestro estilo de vida, personal y comunitariamente, debe ser siempre un primer mensaje, algo así como los titulares de una noticia que invitan a seguir leyendo o bien a pasarla por alto.

4. Mirada positiva al mundo

La vida religiosa, definida y planteada como *fuga mundi*, nos situaba de entrada en actitud defensiva ante un mundo perverso y lleno de amenazas. El Papa Juan nos alertó frente a los profetas de calamidades “que no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina” y a acercarnos con una mirada más penetrante y misericordiosa “a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual”. Nos advertía sin embargo que no debíamos ser ingenuos- “sencillos como palomas y astutos como serpientes”, dice el evangelio- sino discernir los signos de los tiempos y no hacer juicios generalizados. “Nuestro mundo está lleno de contradicciones y de desafíos pero sigue siendo creación de Dios”, nos recuerda cincuenta años después el mensaje del último Sínodo. Esta mirada positiva, cuando se nutre de la espiritualidad de la encarnación, se convierte en una mirada contemplativa. “Hay todo tipo de flores alrededor para aquellos que se preocupan en mirar”, decía el pintor Matisse.

Con frecuencia, sólo en un segundo momento descubrimos que el reino de Dios está cerca. Se requiere fe para rasgar esa dura cáscara de la realidad y descubrir el germen de vida que se esconde en ella y dejarnos afectar por esa gracia. Me pregunto qué lectura del mundo de hoy estamos haciendo los religiosos. ¿A qué se debe tanto pesimismo y desaliento?

Las cristologías postconciliares y la experiencia de inserción en la realidad nos han ido enseñando esta mirada benévola y agradecida. No es una mirada triunfante y gloriosa sino bien humilde, que va más allá del duro realismo porque experimenta la fuerza de Dios. Es la que le hacía decir a Pablo: “Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús. Continuamente nosotros, los que vivimos, estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2Co 4, 7-11).

5. Apertura y diálogo con lo diferente

El paso que sigue a una mirada positiva es el acercamiento y el diálogo sea con el mundo, con el otro diferente, con las distintas religiones, con los pecadores, con los enemigos... La espiritualidad de encarnación ha llevado a la VR a estar como la levadura en la masa, a la llamada inserción evangelizadora,

preferentemente entre los pobres. Esta ha sido la cátedra en la que tantas comunidades, sobre todo de religiosas, insertas en zonas periféricas o en proyectos diversos multireligiosos o interculturales, han ido aprendiendo a discernir su propia significatividad. La velocidad a la que el mundo cambia y la creatividad y simplicidad con la que los pobres buscan solución a sus problemas ha situado a los religiosos en el aprendizaje constante de una nueva forma de presencia.

Cierto que la inserción es una arma de doble filo por la que pueden infiltrarse en nuestra vida corrientes secularizadoras y convertirnos en sal insípida, pero hablamos de inserción *evangelizadora* que arranca del envío de Jesús y va acompañada siempre del discernimiento como modo de mantener nuestras lámparas encendidas a la hora de tomar decisiones. La inserción tiene sus riesgos (también los tenía la *fuga mundi*) pero “si cerramos las puertas para que no entre el error, nos quedaremos sin la verdad”.

La actitud de diálogo requiere creer y confiar en el otro y la humildad de dejarse enseñar por los pobres, por los niños, por las otras religiones, porque nadie se equivoca del todo y en el diálogo se hace siempre un intercambio de dones. “La presencia de los pobres en nuestras comunidades es misteriosamente potente: cambia a las personas más que un discurso, enseña fidelidad, hace entender la fragilidad de la vida, exige oración; en definitiva, conduce a Cristo”.

6. El riesgo de experimentar

Mirar con bondad, dialogar con lo diferente son pasos previos y necesarios, pero lo que realmente nos cambia en la vida no son las ideas ni la formación (aunque resulte imprescindible) sino las experiencias. Nadie ha llegado a alegrarse saboreando el *concepto* del vino; se requiere beber, paladear, experimentar.

Los cambios hay que experimentarlos y el asumir una situación nueva e incierta siempre supone riesgo. Y el riesgo tiene su parte atractiva y sugerente pero implica también cierto miedo que hay que superar. Miedo a lo desconocido, al fracaso, al “desmadre”, a perder el control (en el caso de las personas en autoridad). No es fácil para algunos asumir ese margen de incertidumbre y por eso prefieren la seguridad de lo conocido, de lo que ha ido bien hasta ahora. El mensaje del último Sínodo afirma: “Es nuestro deber vencer el miedo con la fe, el cansancio con la esperanza, la indiferencia con el amor” (5).

No hablamos de experiencias inconexas sino de aquellas que tienen un horizonte. En el período postconciliar fue en el campo de la formación inicial donde primero se hizo evidente la necesidad de cambios y se empezaron las

llamadas *experiencias*, algunas un tanto peregrinas puede ser, pero otras que fueron abriendo nuevos caminos como las comunidades de formación en barrios populares, las experiencias apostólicas en otros continentes, los proyectos de vida o misión intercongregacionales etc.

Pasados unos años, algunos empezaron a decir: “¡ya se ha terminado el tiempo de las experiencias!”, queriendo regular y paralizar de nuevo la vida. Y es verdad que ciertas estructuras que nos unifican se hacen siempre necesarias en la vida, y más si es vida comunitaria, pero será como soporte provisional del carisma que está llamado a desplegarse en el acontecer de la historia y en los nuevos escenarios. La experiencia, acompañada de una humilde evaluación a la luz de la Palabra, es la que nos va enseñando a vivir renovadamente.

Conclusión

7. *Vivir creyendo, vivir cambiando*

En cada una de las actitudes de cambio descritas hemos hecho alusión a la fe en Jesús, ya que la VR no se puede comprender ni vivir sin ella, pero quisiera concluir enfocando la fe misma, no ya como una actitud, sino como el motor de ese proceso imparable de madurez y plenitud que Dios ha trazado para cada uno de nosotros/as y de nuestros grupos.

Creyentes y caminantes diríamos que son una misma cosa, como nos enseña Abrahán, nuestro padre en la fe. Vivir creyendo es vivir cambiando. Nosotros somos la arcilla y el Señor es el alfarero y no tenemos ni idea de cuál es la vasija que con nuestro barro está modelando.

Renovar los votos ha sido siempre una sana tradición de la vida religiosa a la que podemos dar hoy un nuevo sentido. Renovar no es repetir una fórmula ni afirmarse en el inmovilismo. Renovar es hacer nuevo el camino del seguimiento. Renovar es volver a escuchar la llamada de Jesús a través del mundo de hoy y discernir en comunidad cómo podemos ser significativos/as hoy a partir del carisma de nuestros orígenes.

Renovar los votos es hacer nueva la fe- creer en el Otro y en el otro- en unas circunstancias tal vez muy diferentes de aquella primera profesión. Este camino, decía el Papa al dar comienzo al año de la fe, podrá parecer como una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo por eso conviene llevar sólo lo que es esencial: el evangelio y la fe de la Iglesia.

COMENZAR DE NUEVO
EL DESAFÍO DE LA VIDA RELIGIOSA
FEMENINA DEL BRASIL - HOY

Hna. Márian Ambrosio, IDP

Esta comunicación fue presentada por la hermana Marian Ambrosio, ex-presidenta de la Conferencia Nacional de Religiosos de Brasil, en la Asamblea Plenaria de la UISG, en Roma, del 3 al 7 de mayo de 2013.

Original en portugués

En comunión con toda la vida religiosa brasileña, agradezco la invitación a compartir este testimonio sobre algunos aspectos de la actual experiencia de la vida religiosa femenina, *hoy* en Brasil. Subrayamos la palabra **HOY**, porque el *hoy* es el templo sagrado que la Divina Providencia nos concede asumir: ¡el kairós!

Todas nosotras somos herederas de un pasado, responsables de responder a las urgencias del *hoy* en vistas de la construcción del futuro.

La vida religiosa femenina en misión en Brasil es heredera de un importante pasado, fecundo y feliz, cuya experiencia está estrechamente ligada a la opción de la Iglesia Latinoamericana después del Concilio Vaticano II. Desde “Medellín”, dos actitudes se hicieron carne en nuestras opciones: saliendo de nuestras obras, aprendimos a analizar la realidad que nos rodea; y aprendimos a dar un nombre a nuestro amor: los pobres. Desde “Puebla” consolidamos la opción fundamental que **certifica** para siempre la opción preferencial y evangélica por los excluidos del derecho a vivir con dignidad. A partir de esta opción, la vida religiosa femenina de Brasil no fue nunca más la misma. Como una línea divisoria de las aguas, hoy podemos situarnos entre “antes y después” de Medellín y Puebla. Seguir a Jesús pasó a significar dar pasos valientes hacia el encuentro del lugar social, cultural y geográfico en el que viven los empobrecidos, con sólidos proyectos de transformación enraizados en la lectura orante de la Palabra de Dios y en la espiritualidad encarnada en la vida de nuestros pobres.

Surgió entonces el primer rasgo del protagonismo que se extendió a las periferias y las fronteras socio-políticas de las últimas cinco décadas. Actuamos

en el liderazgo de la lucha socio-política por la superación del hambre y de la pobreza extrema, por los derechos de la mujer, de los niños, de los discriminados, de los sin-tierra, de los sin-techo y sin derechos.

Para comprender el segundo protagonismo de la vida religiosa femenina, es importante subrayar también que esta itinerancia vocacional acompañó la opción de liderazgo institucional de la Iglesia de Brasil a favor de las poblaciones empobrecidas y de las culturas marginalizadas. Frente a las provocaciones provenientes de la inmensidad del territorio brasileño y a la carencia de sacerdotes en aquella época, la vida religiosa femenina pasó a ocupar un significativo “lugar eclesial”, actuando con fuerza en la organización pastoral de las comunidades.

Resumiendo brevemente, podemos afirmar que este doble protagonismo, social y eclesial, es la herencia de los días de ayer, ¡que la vida religiosa femenina de Brasil está aprendiendo a perder hoy! Aún ante los inmensos desafíos que la realidad brasileña sigue presentando, los dos aspectos subrayados: la condición socio-económica y la condición eclesial brasileñas han cambiado mucho... Los proyectos sociales son hoy signos distintivos de la acción del gobierno brasileño y los proyectos pastorales son hoy signo distintivo del episcopado y del clero brasileño.

Con cierta perplejidad, la vida religiosa femenina del Brasil se mira al espejo de la vida, y reconoce el rostro de su crisis: ¿Quiénes somos nosotras? ¿Qué lugar social y eclesial ocupamos hoy? ¿Qué significado tenemos hoy para la Iglesia y para el mundo?

- * La primera pregunta nos pone frente a la pregunta de la identidad: sentimos la urgencia de definir el núcleo vocacional identitario de la vida religiosa;
- * La segunda pregunta nos pone frente a la pregunta del lugar de la misión: sentimos la urgencia de realizar el paso desde la comprensión del lugar socio-eclesial, a la experiencia del lugar teologal-simbólico de la vida religiosa;
- * La tercera pregunta nos pone frente a la urgencia de superar la construcción de proyectos fundados en nuestra competencia y perfección en el “hacer”, para encarnar el valor simbólico-místico-profético de la vida religiosa por nuestro “ser”.

Hay un solo desafío: ¡comenzar de nuevo! No “corregir el pasado” porque la experiencia histórica es la misma. Simplemente, comenzar de nuevo = buscar hoy el sentido vocacional más profundo, definir hoy la vida religiosa en su vocación de discípula de Jesús y discípula de su Reino; como discípula, profundizar hoy los contenidos del núcleo identitario y crear hoy el lenguaje para describirlo con y para las nuevas generaciones de vida religiosa.

Tal vez la provocación más visible de la vida religiosa femenina de Brasil pueda ser definida como la consciencia de nuestro “no lugar” en la sociedad y en la Iglesia. No somos las mejores profesoras, las mejores enfermeras, las mejores asistentes sociales, las mejores agentes de pastoral o las mejores filántropas... Éste es el protagonismo que ahora perdemos. Esta “casa segura” en la que habitamos hasta ahora, ya no nos confiere más **legitimidad**. Y esta es nuestra oportunidad... ¡rica, fecunda y preciosa! Además el “no lugar” es el lugar bíblico de los profetas y de las profetisas. Fuera del palacio y fuera del templo, profetas y profetisas ¡prestaron y prestan su voz y su vida al Dios de la Vida!

No queremos de ninguna manera, borrar el “ayer”. No hay decepción o frustración. ¡La raíz teológica de la opción fundamental por los pobres, la raíz bíblica de nuestra opción preferencial por los pobres es nuestra fuerza! Hay, sí, desencanto. Principalmente cuando, —aun sabiendo la urgencia de la conversión a este sentido más profundo, seguimos tranquilas, insistentes y repetitivas ocupando el lugar de suplencia para el cual sabemos que ya no estamos llamadas: por un lado, suplentes del Estado, haciendo lo que el Estado no quiere o no sabe hacer; y suplentes del clero, haciendo lo que el clero no quiere o no puede hacer.

El ayer, por lo tanto, que no queremos borrar ni disminuir, fortalece nuestra opción por los pobres, por los lugares de frontera misionera y apostólica. El ayer nos enseña, sin embargo, a definir nuestro lugar como el “lugar teologal”, en el que la vida religiosa pasa a ser reconocida por su mismo ser, por ser discípula de Jesús, por su pasión para que el Reino de Jesús se realice aquí y ahora.

Como un éxodo pascual, estamos aprendiendo a morir a los modelos, para poder nacer de nuevo, con audacia evangélica, de la manera como Dios nos deseó, a través de la inspiración de nuestras fundadoras y fundadores.

Hacemos aquí un paréntesis: existe, sí, en Brasil, una vida religiosa samaritana, que cumple actividades del Estado y del Clero, no como suplente, sino como opción por comunidades de frontera misionera, donde Jesús no es anunciado y donde tantos hermanos nuestros y hermanas nuestras siguen siendo excluidos de la experiencia de la fe cristiana. Allí, somos mujeres de la madrugada, desde la primera hora, y continuaremos por mucho tiempo todavía.

Aquí, ante las Superiores Generales de nuestras Congregaciones,

- 1) Recordamos **un principio fundamental**: sin tomar en consideración este punto de partida, que es la escucha de la realidad que hoy experimentamos, y sin hacer la opción definitiva por “comenzar de nuevo” no hay perspectivas para una verdadera animación vocacional o una elaboración de programas de formación. Eso sería como poner un remiendo nuevo en un tejido viejo...

- 2) Recordamos **un lugar fundamental**: la Vida Religiosa sigue a Jesús, asumiendo su Proyecto. Somos para el Reino; y la tensión existencial y positiva que existe entre Iglesia y Reino existe también en nuestras opciones misioneras...
- 3) Recordamos **una opción fundamental**: no tengamos miedo de salvar en primer lugar a las personas con vocación, dejando en segundo plano la salvación de las estructuras que sustentan la Institución que presidimos. No vale la pena salvar una Institución para reconocer después que no tiene perspectivas de futuro... ¡Es hora de identificar personas con vocación para el Reino!
- 4) Recordamos **un proyecto fundamental**: las jóvenes con vocación que nos buscan quieren identificarse con la razón primera de nuestra existencia y no con una lista de posibilidades o de necesidades institucionales. Es preocupante constatar que, en vez de invitar a las jóvenes a integrarse en un proyecto central carismático del Instituto, tratamos de acomodarnos a improvisaciones que respondan a las necesidades personales de las jóvenes aunque no muestren signos de pertenencia ni una opción madurada en una verdadera experiencia misionera en favor de la vida y del Reino...
- 5) Recordamos **una relación fundamental**: la comunidad religiosa es sin duda, el primer lugar a ser contemplado con amor y en vista del amor. Pasando de modelo en modelo, el reto es, hoy, superar modelos y comprender la vida comunitaria como lugar de la experiencia teologal enraizada en la certeza de que Dios es comunión. Nuestro liderazgo debe ser ejercido con autoridad, es decir, favoreciendo la generación de fundadoras, apelando a la responsabilidad, cultivando circularidad e inclusión, en verdadera comunión de vida y de misión...
- 6) Recordamos **un testimonio fundamental**: mucho más que nuestras palabras, el primer instrumento del proceso del deseo de “comenzar de nuevo”, seremos nosotras mismas, por nuestro ser, por nuestro actuar, por nuestra comunicación, por nuestra presencia, por nuestras opciones, por el coraje de proponer cambios...

Este momento histórico nos incita a ser signos proféticos de la **presencia actuante de Dios en el mundo. En el momento en que el Carisma fundacional pueda ser tocado, experimentado a través de nuestro ser, entonces todo nuestro hacer estará lleno de significado.** En tiempos de grandes reformas, la vida religiosa dio todo lo que podía dar de sí misma: reformuló constituciones, casas, comunidades, estructuras. En tiempos de grandes transformaciones, se está volviendo hacia su don más grande, a lo que es esencial, a la razón primera de su existencia: **Dios**. No somos merecedoras de esta gracia, de este don. Somos escogidas a partir de la libertad amorosa de Dios. No somos ni mejores

ni peores que las demás, somos diferentes. Podemos decir que somos radicales, que vamos directamente a la raíz; crecemos en dirección hacia lo profundo, a través de profundos encuentros con Dios.

Si reconocemos que éste es el lugar de origen de la vida religiosa, entonces podemos decir que nos encontramos en el momento de regresar del exilio, con nostalgia de la “tierra santa”, que pertenece a Dios, y que Él nos confía para ocupar en su nombre. Nuestro lugar natural no son las orillas de los ríos de Babilonia, y nuestra actitud natural no es el llanto del desencanto por los proyectos que fueron nuestros en otro tiempo, nuestro sueño es volver, vestidos con ropas de peregrinos, cantando los salmos de la itinerancia de las profetisas y de los profetas de Dios, enraizadas en la experiencia de ayer, en la lucha por más justicia y esperanza de vida para el mundo de *hoy*.

La respuesta a la gran pregunta sobre nuestra identidad es simple: nuestra identidad es Jesucristo. ***Somos la memoria evangélica para el pueblo de Dios, que también sueña en volver del exilio.*** Y porque el Evangelio es buena noticia, somos una reserva de esperanza para el mundo. Y a la gran pregunta sobre la mística de la vida religiosa, la respuesta también es simple: vivimos el misterio cristiano con tal intensidad que la parte de Dios prevalece siempre sobre nuestra actividad humana, por más apostólica que sea. ***Dios hace más, Dios hace primero y Dios hace siempre.*** El mundo que, como ya vimos, dejó de buscarnos en calidad de maestras, necesita hoy de nosotras como testigos. En tiempos de nueva evangelización, evangelizamos por el testimonio de nuestra fe. Hay muchas maestras hablando sobre Dios. Seamos discípulas, seamos discípulas...

TESTIMONIOS

36 HORAS EN LA CARRETERA DE SIRIA EN ORACIÓN CONTINUA Y PREOCUPACIONES

Hna. Thérèse K., FMM

Thérèse K. es una franciscana misionera de María, siria, en misión en Rusia. Cuando estaba de visita a la familia en Damasco, Hna. Narelle, superiora provincial de Medio Oriente, le pidió que fuera a ayudar un mes a la comunidad de Alepo. En este artículo nos cuenta lo que tuvo que pasar para intentar llegar allí y la situación de los que vivían en la zona de guerra.

Original en francés

El miércoles a las 8 de la mañana, hora local, me puse en camino hacia Alepo, que está a 330 kilómetros de Damasco. Normalmente se necesitan 4 horas de pulman para llegar a Alepo, pero en la situación actual, por lo menos se necesitan 10 horas. Con gran sorpresa, vi que mis vecinos a derecha e izquierda, delante y detrás, llevaban todos el Corán y el rosario musulmán en la mano, rezando continuamente. Ni que decir tiene, que yo también hice lo mismo, así como todas las hermanas fmm, los miembros de mi familia y mis amigos y amigas.

Las primeras horas de ruta pasaron tranquilamente, a pesar del riesgo de tener que cruzar por donde había francotiradores e innumerables barreras de control, para verificar de manera “correcta y digna” los documentos de identidad y los fraudes. De vez en cuando los viajeros recibían llamadas telefónicas de sus familiares preocupados por su situación. Por supuesto, Hna. Narelle, y las hermanas de Damasco y mi familia hicieron lo mismo.

Me sentí consternada al ver tanto daño y destrucción a lo largo de la carretera, especialmente los estragos causados en la carretera internacional y en las ciudades de Homs y de Hama. Después de 7 horas de camino, y de comunicaciones entre las familias, comenzó a rumorearse: “La entrada en Alepo está cerrada, porque hay combates”. Parece que esto es normal, y sucede de vez en cuando, la única solución es esperar a que cesen las hostilidades para continuar el camino. En la parada habitual que hacíamos

para comer, el chofer nos dice: tomen el tiempo necesario para reponerse completamente, no hay ninguna prisa para salir porque no sabemos cuánto tiempo tendremos que esperar para entrar en Aleppo.

Pasados los controles del ejército sirio, entramos en los pueblos que están en poder de los “almoussalahin” (grupos armados). Nos dicen que nos cubramos. Todas las mujeres estaban preparadas para ello, a pesar de expresar su descontento. Estaba feliz al ver que estábamos a unos 30 km. de Aleppo, eran las 17,30 y, si todo iba bien, para las 18h. podría estar en casa de las hermanas. Pero no, pasados de 10 km. en Zraibe, decenas de pulman, microbuses y coches esperaban para pasar a Aleppo, cuya entrada estaba cerrada a causa de los combates. Por desgracia, ya no teníamos línea para poder tranquilizar y comunicarnos con nuestras hermanas y familiares.

Llega la noche, y nadie puede moverse aunque cesen los combates. Tenemos que pasar la noche en el pulman, y al amanecer emprender de nuevo el camino.

¡Cuántos gestos de solidaridad e intercambio entre los pasajeros! Algunos que tenían una línea especial de comunicación, nos proponen de utilizarla para tranquilizar a las familias; otros van a comprar pan para distribuirlo, otros nos dan pastas árabes, dátiles y bebidas que tenían para ellos. Los habitantes del pueblo ofrecen hospitalidad, algunos la aceptan, y parece que la recepción ha sido buena.

La noche ha sido muy ruidosa a causa del tráfico reservado a los grupos armados: camiones, cisternas...??? Al amanecer, a las 5 de la mañana, los coches se ponen en ruta. ¡Qué suerte, pronto estaremos en Aleppo! Al cabo de 2 km. de nuevo otra barrera de control, y tenemos que retroceder. Continúan los combates, se oyen muy fuertes, e incluso oímos los disparos cerca de nosotros.

Después de perder la esperanza de entrar a Aleppo por la ruta internacional, que permanecerá cerrada por lo menos hasta el lunes, teníamos que tomar una decisión. Los “almoussalahin” nos proponen dos soluciones: tomar un camino, más o menos seguro (otras 4 horas de camino) que nos llevará a la región de Aleppo ocupada por los “almoussalahin”, y después cada uno se tendrá que arreglar para ir a la región del ejército sirio, o para regresar a Damasco. El conductor no ha querido aventurarse en caminos que no conoce... Algunos pasajeros que viven en esta región han tomado un microbús para continuar el camino, y otros han preferido regresar a Damasco.

A las 10 de la mañana tomamos el camino de regreso a Damasco, para llegar a las 20 horas. Las aventuras continuaron, pero las preocupaciones eran menores. El ambiente era más relajado, comienzan a relacionarse entre los

viajeros; una vecina me pregunta: “¿Qué significa la alianza de tu dedo?” Durante la comida, me senté a la mesa con la familia J. que me ayudó a contactar con las hermanas. Y de nuevo, la mujer me pregunta: “¿Eres religiosa?” Finalmente tuvimos el valor de intercambiar entre los viajeros nuestros números de teléfono. A la entrada de Damasco, recibimos la orden de no mirar ni a derecha ni a izquierda, y de no hacer ningún gesto. El autobús pasó a gran velocidad por temor a los francotiradores.

Las oraciones y gestos de delicadeza continuaron: La familia J. telefoneó en seguida a las hermanas para decirles que habíamos llegado. Al llegar, supe que a las 18 horas se celebró una eucaristía por mí en la parroquia de mi hermana, para que pudiera volver sana y salva a Damasco. ***¡Demos gracias al Señor... Porque es eterno su amor!***



LA VIDA DE LA UISG

- * **Talithakum**, el proyecto de la UISG contra la trata ha tenido en el trimestre pasado las siguientes actividades.
 - **Roma:** Participación en el seminario sobre el “*Tráfico de personas: moderna esclavitud*” organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias del Vaticano. En la Declaración final se “*anima a las órdenes religiosas masculinas a trabajar juntamente con las femeninas contra el sufrimiento y exclusión de las personas traficadas*”.
 - **Brasil:** coordinado por la red brasileña “*Un grito por la vida*”, 250 religiosas latinoamericanas se han reunido in Brasilia el mes de noviembre para preparar la campaña contra la trata con ocasión del *Mundial de Futbol 2014*.
 - **Tailandia:** coordinado por la H. Estrella Castalone de UISG-Roma ha tenido lugar el primer curso de formación jurídica para conocer mejor la legislación y proteger los derechos de las personas traficadas. Han participado 45 religiosas de las tres redes de Talithakum en Asia.
 - **Europa:** en Eslovaquia la red europea *Renate* ha tenido un seminario para profundizar la doctrina social de la Iglesia.
 - La red de religiosas contra la trata de **Nueva Zelanda** se ha integrado en enero de 2014 dentro de **Talithakum**, con lo cual el número de redes coordinadas por la UISG asciende a 23 que a su vez comprenden a unas 800 religiosas trabajando en 76 países.
- * **En Busan (Corea del Sur)** del 30 octubre al 8 noviembre del 2013 ha tenido lugar la X Asamblea ecuménica del *Consejo Mundial de las Iglesias* en la que han participado cerca de 3000 cristianos y cristianas y las delegaciones de 345 iglesias. En ella han participado también los secretarios de las dos Uniones (UISG-USG), invitados por el *Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos* y formando parte de la delegación vaticana. Ha sido muy enriquecedor vivir inmersos en esta variedad de gente, todos creyentes en Jesús, orando con la Palabra, comprometidos con la paz y la justicia y en camino hacia la unidad. Para los próximos 7 años ha sido elegida como “moderadora” por primera vez una mujer anglicana de Kenia, Agnes Abuom.
- * “**Vivir el liderazgo de manera fecunda**” es el tema que el 9 y 10 de enero 2014 ha congregado a 75 líderes generales de la llamada **Constelación Roma**, formada por las superiores generales de congregaciones internacionales con sede en Roma. Tres fueron las unidades de su reflexión: cómo hacer que el liderazgo sea una *fecunda misión eclesial*, el liderazgo como *misión compartida en el consejo* y la *visita canónica como lugar de encuentro*. Mediante diálogos de grupos y presentación de paneles de las participantes se logró una sabiduría

compartida de alto nivel y gran utilidad práctica. Antes de la Eucaristía, un coloquio abierto con Mons. Carballo, Secretario de la CIVCSVA, hizo crecer la esperanza en una Iglesia Común, abierta y cercana.

- * “*Desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización*” es el tema de la **Asamblea extraordinaria del Sínodo** convocada para Octubre de 2014. La UISG recibió invitación para presentar una síntesis de respuestas al cuestionario de las superiores generales que lo deseasen. Dada la premura del tiempo, se extendió la invitación a las congregaciones internacionales con sede en Roma y con, ayuda de un equipo, se hizo una síntesis que ha sido entregada al Secretario General, Mons. Baldisseri, solicitando al mismo tiempo la presencia de alguna representante de las muchas religiosas que colaboran en el acompañamiento a las familias.
- * **La Conferencia de Religiosas de Nigeria** ha concluido la celebración del 50º aniversario de su fundación. Muchas son las actividades organizadas durante 2013 con este motivo y la H. Verónica Openibo SHCJ, miembro del Consejo Directivo y nigeriana de origen, ha participado en nombre de la UISG en la Gran Celebración Final del 20-23 de febrero de 2014.
- * Apenas iniciada la reflexión por parte del ejecutivo para preparar el **50 aniversario de la UISG** que se cumplirá el 8 de diciembre del año 2015, el papa Francisco, al finalizar su encuentro con la USG, anunció que el año 2015 sería el **Año de la Vida Consagrada**. La coincidencia no es extraña porque ambas fechas hacen referencia al Vaticano II (la publicación del Decreto *Perfectae caritatis* y el nacimiento de la UISG el mismo día de la clausura del Vaticano II). El *50º aniversario de la UISG* será una celebración organizada por la UISG a partir del 8 de diciembre 2015, para concluir en la Asamblea Plenaria de 2016. Abrimos un concurso de ideas para organizar dicha celebración, tanto a nivel de constelaciones de todo el mundo como a nivel de Roma y daremos amplia información del programa.
- * El próximo **Consejo de Delegadas** de la UISG, “*órgano de discernimiento, deliberación, decisión y acción*” de la Unión, que se celebra cada año y medio, tendrá lugar esta vez en Accra, **Ghana** del 28 del noviembre al 3 de diciembre de 2014. Estará formado por los miembros del Consejo Directivo y las Delegadas UISG elegidas por las Constelaciones. Además de atender los asuntos referentes a la Unión y acercarse a la vida religiosa en el continente africano, seguirán profundizando en el estilo de liderazgo evangélico propuesto en la Asamblea Plenaria de mayo 2013.
- * **La Hna. Patricia Murray**, IBVM, ha sido nombrada Secretaria Ejecutiva de la UISG para sustituir a la H. Josune Arregui, CCV, que ha concluido ya su servicio realizado durante casi cuatro años. Hna. Pat, que iniciará el ejercicio de su cargo a partir del mes de abril de 2014, es irlandesa y en los últimos años ha sido la directora del proyecto Solidaridad con Sud-Sudán